

El Baluarte

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 102

Sevilla—Lunes 5 de Mayo de 1902

AÑO XXVI

En Portugal

Lo que pasa en Portugal es que nuestros vecinos andan á la greña con el gobierno, y parecen dispuestos á llegar á los extremos de una revolución violenta para salvarse de las determinaciones de su gobierno, que le quieren entregar al extranjero atados de piés y manos, poniendo sus aduanas á la disposición de su amiga y protectora Inglaterra, porque aquí está el toque, puesto que ingleses son la mayoría de los prestamistas del Estado portugués, para quienes el Gobierno tiene la pretensión de entregarles la mejor de sus rentas y la más saneada fuente de ingresos; pero, en fin, nuestros dignos vecinos tienen energías para oponer resistencia decidida contra una medida que le deshonra y les pone en condiciones de feudo económico de un prestamista que se apoderaría del predio en el momento en que se dejase de pagar un plazo ó una anualidad.

Ya querríamos nosotros en nuestra casa gente dispuesta á lanzarse á la calle contra la ignorancia, fraternizando el pueblo con el ejército y con la Marina, que es tanto como decir que Portugal es una nación, y que los institutos armados son ciudadanos y patriotas antes que otra cosa.

El Gobierno portugués, que ha cerrado completamente la frontera, ha ocupado el telégrafo, y difícilmente pasan cartas que puedan revelar el estado de excitación en que se hallan nuestros vecinos contra el gobierno y contra todo lo que patrocina la vergüenza de autorizar á los acreedores extranjeros á que intervengan sus aduanas para garantizarles el pago de su deuda.

Nuestro embajador en Portugal ha llegado precipitadamente á Madrid para conferenciar con el Gobierno.

Es posible que haya venido para algo más que para una simple información de los sucesos.

Algunos periódicos han hablado esto de la famosa expedición militar que capitaneó el marqués del Duero hace más de doscientos años, para insinuar la idea de la aproximación de fuerzas de nuestro ejército á la frontera portuguesa. Si esto fuera cierto, como no corremos por ahora peligros de ser invadidos, y como por otra parte, en caso de sucesos de naturaleza que aconsejaran una medida, acaecieran en muy pocas horas, podían estar cubiertos los pasos, sin exponernos á recelos y suspicacias que seguramente originarían un conflicto, porque los que de cerca nos acechan, demandarían en el acto explicaciones de nuestro gobierno.

Quedémonos quietos en nuestra casa, y no nos metamos en cosas ajenas por parentesco ó solidaridad gubernamental contra un pueblo que tiene idea de su dignidad y defiende los fueros de su soberanía y de su independencia, y prefiere lanzarse á la revolución antes de soportar la ignominia de verse en poder y bajo la dependencia de poderes extranjeros.

A nosotros no se nos trata de conquistar por las armas, y si no nos hallamos económicamente en la situación de nuestros vecinos, es porque nuestra dependencia económica se consumió ha tiempo, que no otra cosa es el pago en oro del exterior, y moralmente vivimos bajo la protección Roma, y dependiendo de la cancillería vaticana que rige y regula todos los actos de nuestros gobiernos, y, menos susceptibles que los portugueses, aguantamos la mecha y soportamos pacientemente el pesado yugo, y sin embargo, los republicanos duermen y los socialistas siguen su labor suicida, anatematizando de la República y de los republicanos, y los demás elementos de oposición, apenas si tienen tiempo de preocuparse de los beneficios del reparto que prodigamente les otorga el Gobierno para que sean mansos corderos.

Y aquí todo sigue en calma é interin nuestros vecinos inauguran la lucha por la vergüenza y por el honor nacional, tomando parte en la acción todas las fuerzas del país y todas las instituciones de defensa, que son patrióticas antes que todo.

Aprendamos los demócratas y aperebámonos ante las contingencias posibles de los anuncios que hace la prensa.

A. A.

TRANSWAAL

Es preciso vencer; sólo morir no arregla el asunto.—Guerra á todo trance.—Ya no quedan niños menores de once años de edad en los campos de concentración.—Cuadros en perspectiva en las Repúblicas sudafricanas.

Tras de laboriosas gestiones por parte de los prohombres de las dos valientes Repúblicas del Transwaal y del Orange tras de los esfuerzos de algunos respetabilísimos *gentlemen* del reino unido, para negociar la paz con la independencia por base de negociaciones, aparece en el negro horizonte la guerra sin tregua, sin cuartel, sin piedad.

De hoy en adelante la guerra aparece bajo su terrible y verdadero aspecto: el de exterminación de una de las dos razas.

Los boers no se quieren considerar como satisfechos con morir; no, quieren vencer.

No pongo en duda, ni lo he puesto jamás, el éxito final de esos modernos Hércules.

Las predicciones proféticas del viejo Kruger entran en su segunda fase de realización.

El mundo va á quedar asombrado ante los hechos que se van á desarrollar á su vista; la crueldad y terquedad inglesas han llegado á alcanzar su último límite, y el heroísmo boer va á alcanzar su punto álgido y final.

El David bíblico prepara su honda, y pronto el orgulloso Goliath estará tendido inerte á los pies de su vencedor glorioso.

¿Quién duda de lo dicho? ¿No hace tres años que vienen á estrellarse los esfuerzos de 300,000 hombres contra la roqueña virilidad de un ejército pigmeico de colosos invulnerables?

¿No se ha apercibido aún la triste Albión de que aquellas madres boers no paren hijos menguados de cuerpo y de espíritu, como lo van siendo los de la cultísima y progresiva Europa?

Sí, lo ha conocido; por eso los va matando en previsión del terrible *mañana* vengador.

En los campos de concentración no queda ningún niño menor de once años; han muerto todos de hambre, de viruela, de sarampión, de frío, de sed, de calor, y muchos á palos.

Después de ese dato tan cruel como asqueroso, ¿en qué cabeza desequilibrada cabe la creencia de una paz sólida, si no se establece ésta en la condición principal de la completa independencia?

Así debe ser y así será; nuestra fe inquebrantable no desmaya, y si Inglaterra no cesa, caerá aniquilada sin remedio, sin apelación.

Cuando las generaciones venideras, impulsadas por el vivo deseo de conocer los lugares en que por su independencia lucharon los hombres inmortales conocidos con el vulgar nombre de *boers*; (abriegos), cuando, en su afán de riquezas, los aventureros abran hondas excavaciones, en esa tierra tan codiciada en busca del amarillo mineral; causa inconsciente de tan terribles episodios; cuando el nuevo labriego sea de la nacionalidad que fuere, hiera con el arado, símbolo de paz y de abundancia, ese suelo fecundizado por la sangre de tantos millares de hombres y tropiecen, los primeros con los vestigios ruinosos de algún *kraal* transvaalense ó de algún muro solitario cuyas piedras se van desmoronando bajo la influencia fatal de ese gran allanador que es el tiempo, único adversario ante el que todo doblaga, de buen grado ó por fuerza, la humilde ó altiva cerviz.

Esos *touristas* leerán en cada piedra una acusación de prociadad y una oda al heroísmo.

Los segundos, al practicar los registros para dar con el codiciado oro, hallarán enormes yacimientos de fosfato calizo, producidos en ese ignoto laboratorio llamado *Tierra*, por la descomposición química de los millares de cadáveres ingleses sepultados en enormes hoyancas, en horrible consorcio con las carroñas de caballos y mulos que en Spion Kop perecieron sin gloria y sin provecho para nadie.

El boer, al abrir la tierra que habrá de recibir en su seno el grano fructífero, pondrá al descubierto algún cráneo de enemigo vencido en titánica lid ó de algún antepasado asesinado traidoramente por el asolador de su patria querida.

A cuántas reflexiones se prestan esos cuadros: tan lúgubres y téticos como de una verdad aterradora.

ADOLFO VASSEUR CARRIER.

El espadachín

Ha muerto recientemente uno de los hombres más temibles de París.

El vizconde Ernesto de Rocaltier, alcoholizado hasta la médula de los huesos, ha exhalado el último suspiro en brazos de su portera.

Buena persona, hasta cierto punto, llevábase la mano al puño de una espada imaginaria cuando le negaban diez francos; y era el espanto de los tranochadores.

Visitaba á última hora los grandes *restaurants*, y para sentarse no esperaba á que le convidasen.

Una vez satisfecho su apetito y su sed inextinguible, alejábese como una mariposa, haciendo *zig zags*, é iba á esperar á los jugadores á las puertas de los casinos.

Teoría sacrificados á los amigos, que á regañadientes le servían, y, sin embargo, algunos de ellos, al tener noticia de su muerte, murmuraron:

—¡Pobre Rocaltier! ¡Si lo hubiese sabido le habría dado veinte francos! ¡No era orgulloso, y llevaba un nombre distinguido!

No puede imaginarse Rothschild cuán difícil es vivir en París con una pensión de 800 francos al año.

Pero Rocaltier había resuelto el problema.

Todos los medios le eran lícitos: la risa, la afabilidad y la efusión primero; la ira, la amenaza, la intimidación, después.

Tiraba la espada como todo el mundo y se envalentaba ante la idea de que cada cinco veces sólo se va al terreno una.

No es posible averiguar el número de amigos que le habían servido de padrinos. Cuando alguien le encontraba solo en un café y le preguntaba: «¿Qué hace usted ahí?», contestaba invariablemente:

—Estoy esperando á mis padrinos.

—¿Se bate usted?

—Sí, mañana.

A veces un caballero le había mirado con malos ojos ó un desconocido le había dado un pisotón.

¡Los padrinos en el acto! ¡Siempre los padrinos!

Una tarde en el café de la Paz, tuvo el vizconde un altercado insignificante con un vecino de mesa.

A los cinco minutos dos padrinos tanto más graves cuanto que tenían que apoyarse uno en otro para no caerse, trataban de hacer acudir al terreno al más pacífico de los parroquianos del café de la Paz.

Rocaltier esperaba dignamente en otro café el resultado de la entrevista.

Entra un antiguo amigo, casado y rico, que acababa de salir del teatro.

—¿Tú por aquí, Bellefontaine?

—¡Cállate! ¡Rocaltier! ¿Qué haces ahí?

—Acabo de enviar mis padrinos á un sujeto que me ha faltado á la consideración.

—¿Y dónde te bates?

—No lo sé todavía.

—Ven á batirte al Vesinet, donde tengo una casa de campo.

—¿Al vesinet?

—Ahí tienes las señas. Yo saldré en el tren de la madrugada para encargarte un buen almuerzo.

—Con Champagne por supuesto.

—Ya lo creo, y con Chateau Lafite y Madera.

—Pues hasta mañana.

—¡Hasta mañana!

El amigo se retira y vuelven los padrinos.

—El asunto está arreglado satisfactoriamente—dice uno de ellos.

—¡Cómo arreglado!

—Lo que oyes. Nos ha dado todo género de satisfacciones.

—Pero yo las quiero por escrito.

—Por escrito las tenemos.

—Las exijo muy categóricas.

—Lo son.

—El caso es que Bellefontaine nos ha convidado á almorzar y nos espera en el Vesinet después del lance. Decentemente, no podemos sentarnos á la mesa sin que yo me haya batido. Yo necesito un duelo á toda costa. Volved á ver á ese hombre.

—Ya ha salido del café y no sabemos dónde vive.

—Bellefontaine va á tomarme por un farsante.

—¡Qué le vamos á hacer!

—¡Seguidme! Es preciso que recorramos varios cafés, hasta que me haya sido posible conseguir un duelo.

Al fin, en el boulevard Poissonniere logró dar Rocaltier con un hombre de buena voluntad.

Un parroquiano salta pacíficamente de una cervicería. Rocaltier le dió un pisotón.

—¡Ah, bárbaro!

—El bárbaro es usted.

—¡Canalla!

—¡Tunante! ¡Bribón!

Rocaltier recibe una bofetada, y exclama entusiasmado:

—¡Qué felicidad!

Intervienen los padrinos, y al día siguiente, Rocaltier, con el brazo en cabestrillo, almuerza alegremente en la quinta de su amigo Bellefontaine.

Cuando un sastre le presentaba la cuenta, Rocaltier se mostraba ofendido y enviaba los padrinos al sastre.

Se calcula que necesitaba de setenta ó ochenta padrinos al año, y no obstante, Rocaltier se vanagloriaba de ser hombre de orden, legitimista y clerical.

Cuando sintió llegar su última hora, solicitó los auxilios de la religión.

El sacerdote le reprendió duramente por el desarreglo de su accidentada vida y le exigió un arrepentimiento más sincero que el que manifestaba.

Cuando el sacerdote hubo salido, Rocaltier dijo al portero de la buhardilla donde vivía:

—Recuerda la dirección de ese cura... Me ha hablado en un tono inconveniente y altanero, que me ha molestado de veras. Si me pongo bueno, le enviaré los padrinos...

El pobre Rocaltier murió al día siguiente.

AURELIANO SCHOLL.

Juegos florales

LA FIESTA DE AYER

Los juegos florales que anualmente organiza el Ateneo Sevillano, es la fiesta más brillante de las que en Sevilla se celebran durante la primavera. A que así sea se presta todo en nuestra ciudad: el clima, las flores, las mujeres, la poesía, en fin, que parece palpitar en el ambiente de nuestra incomparable primavera.

Los que por primera vez asistían en Sevilla á una fiesta de Juegos Florales, sacarán del espectáculo una impresión imborrable. Nada más hermoso, ni de belleza más sugestiva que el cuadro que ofrece el teatro San Fernando, convertido por los artistas en un jardín del que son sus mejores flores las mujeres que asisten á la fiesta.

Las barandas de las plateas estaban exornadas con guirnalda de follaje y artísticos grupos de flores naturales; envolvían las columnas macizas de rosas y margaritas, rematados por charmeros dorados.

Formaba el adorno de los antepechos de los palcos grandes crisantemas blancas y rosas, combinadas con las palmas doradas que revestían las columnas. En los pisos altos grandes guirnalda formaban caprichosos grupos, destacándose el color de las crisantemas rojas.

En el techo una enorme corona formada de flores. De la corona pendían diez y ocho hilos de hiedra.

El exorno de los palcos de tornavoz era distinto al del resto del teatro. Las plateas y los palcos principales estaban convertidos en preciosas canastillas formadas por rojas flores. Los palcos tenían sus barandas revestidas con flores rosas y blancas.

En la embocadura del escenario se había colocado el pórtico griego que lució el año ante

rior con los escudos, en su parte alta, de Sevilla, el Ateneo y el Centro de Bellas Artes.

A uno y otro lado se veían grupos de bambúes y palmas doradas.

Sobre roja alfombra habían levantado los artistas un jardín ideal.

En una plataforma, colocada al fondo, tenían su trono la reina de la fiesta y su corte de amor. El trono era de estilo griego y en forma semicircular, tapizado todo de flores.

Al fondo, y envolviendo todo el escenario, veíanse también dorados y arbustos de diferentes especies.

El cielo de este bello jardín lo formaba una hermosa corona de flores, de la que pendían preciosos hilos de hiedra con campanillas blancas y miradas. Ocho focos de luz, invisibles, iluminaban tan esplendoroso espectáculo.

Nuestra enhorabuena a los artistas del Centro de Bellas Artes que con Gonzalo Bilbao confeccionaron en pocas horas tan hermosa obra.

**

Proclamada la reina de la fiesta, el poeta llevó a ésta al trono entre los acordes de la banda.

A continuación, el señor Esteva Ravassa dió lectura a su composición *El Himno Universal*.

Nutridos aplausos escuchó el poeta a la terminación de su poesía, que fué oída con gran gusto y atención.

Procedióse después por el señor Peña a la lectura de los jurados y proclamación de los autores premiados, subiendo al escenario a recoger el diploma de manos de la hermosa reina de la fiesta, los señores Muñoz San Román, Chaves, Balbuena, Valverde, Sanz Arizmendi, Pedro G. Fernández y otros.

Varios autores premiados, como los señores Pedregal, Sedano, Torres, Aristegui, etc. etc., no se presentaron a recoger sus premios.

El señor Rodríguez Marín, autor del cuento premiado, que manifestó renunciaba a tal distinción, leyó el *Cuento de la verdad*, que así era su título, escuchando al final muchos aplausos.

Los premiados por la virtud y el trabajo escucharon también muchas palmas al presentarse en el proscenio.

**

El discurso de D. José Francos Rodríguez fué elocuente, originalísimo. Es tan difícil el papel de mantenedor de los Juegos Florales que, aun contando de antemano con la elocuencia, muchos oradores prestigiosos suelen fracasar en su empeño. Por eso conceptuamos con mayor mérito el triunfo del director de *El Globo*.

Sus primeros párrafos diciendo que había aceptado por vanidad el puesto que le ofreciera el Ateneo Sevillano, apesar de su insignificancia, porque la vanidad es como las mujeres hermosas que atraen y subyugan; el similitud que hizo al manifestar que por esta vez la Belleza y la Poesía no podrían ser ensalzadas por la Elocuencia, a causa de haber faltado ésta al Certamen, pero que no era menester su presencia porque al cabo y al fin, que le importaba al cielo no encontrar en todos los lugares de la tierra la transparente superficie del lago que copiara sus grandezas fueron aplaudidísimos.

Siguió su discurso elocuentemente recordando aquellos certámenes de la inteligencia, en los que intervenían con los próceres que se llamaban Santillana y Villega, los humildes Montoro y Maese Juan el Trepador, para deducir que la inteligencia es el primer nivelador social.

Aboga con orgullo su condición de periodista, y dijo que, como tal, quería hablar. Ingeniosamente compara el acto con un gran periódico.

Las ideas—dice—son los artículos de fondo; la curiosidad representa a las noticias; los placeres a la crónica de espectáculos, y la sección de sucesos está formada por los crímenes y delitos con que realiza su obra la maldad. Mis ojos—añade—se extasian ante ese periódico. El director es un gran artista. Bien se advierte en todos sus detalles. No hay uno que no sea magnífico, ni página que no sea sublime. De ilustrarlas se ha encargado el Sumo Hacedor, que sustituye los trabajos trazados por la mano del hombre con sus obras sublimes. Vedlas: no hay pinceles, aunque sean los sevillanos, capaces de superar su hermosura. Obras de los más afamados y esclarecidos maestros, bien substituidas éstas con los rostros de las hijas de Sevilla, que con decir en donde nacieron, no es necesario agregar que justifican los versos inmortales del inmortal Campoamor:

«Los ángeles amasan en el cielo la pasta con que se hacen las mujeres.»

Dedica después el señor Francos Rodríguez galantes frases a la reina de la fiesta y a su corte de amor, afirmando que ciñe la triple corona de la belleza, de la virtud y del linaje esclarecido.

Habla del influjo de la mujer en la sociedad, juzgándolo conveniente.

Trata después de Sevilla, evocando su historia, para deducir que si fué grande en la antigüedad, grande puede ser en el presente. No desdeñemos el ayer—dice—pero pongamos en el hoy todo nuestro empeño, y así como ahora con asombro contemplamos los monumentos artísticos, testimonios gloriosos de pasados esplendores, que en siglos venideros se contemple la huella de nuestros progresos actuales, y cuando algún Rodrigo Caro de lo futuro cante a las ruinas de lo que a la sazón es nuevo, pueda exclamar: «Véis esos pedazos de fábricas, esos talleres que hoy cubre el amarillo jaramago? pues en ellos se inició la resurrección de un pueblo que, como todo el país de que formaba parte, tras de muchas angustias supo redimirse con el noble esfuerzo del trabajo.

Habla después de la poesía, diciendo que en sus albores formó un cuerpo mismo con la ciencia, y recuerda que uno de los más esclarecidos

ingenios del Teatro Español vaticinaba el telégrafo en esta admirable estrofa:

«Con la rapidez del rayo las noticias han venido, ¡quién sabe si con el tiempo vendrán con el rayo mismo!»

Ensalza a los hijos del pueblo que realizan actos heroicos por salvar la vida de sus semejantes (alude a Manuel Martínez de los Reyes, *Jerome*, marinero de Triana al que se ha concedido este año por el Ateneo el premio a la Virtud). Ese es el pueblo—añade—esos pobres, infelices que en la noche callada, misteriosa, cuando acaso meditan en las desigualdades que ponen a unos en la opulencia y a otros en los duros trabajos; cuando sienten frío en el cuerpo y en el alma, al ver que un igual va a perecer, se olvidan de sí mismos y se entregan a la salvación del desgraciado.

Esos son héroes que dan vida. Los héroes de la guerra dan la muerte; el que pelea con gloria en el campo de combate vierte la sangre; el héroe de la caridad y del bien la devuelve al torrente circulatorio de la existencia humana.

El pueblo—continúa—es el cimiento social; olvidarse de él, desencajarle, es preparar la ruina de todo lo que sustenta. Torres gallardas y altaneras, que sois desprecio del aire, no despreciéis nada, pero mucho menos aquello que es vuestro asiento y sostén, porque si no, os rendiréis a vuestra propia pesadumbre. Ved, los que no pertenecéis al pueblo, en esos tres representantes suyos, la genuina expresión de una colectividad que debe ser atendida y escuchada. Vedlos, generosos, nobles, heroicos, aunque gimen en la pobreza, que justifica muchas amarguras, y al contemplarlos, reflexionad en que este siglo que amanece no cumplirá con su destino en la historia, sino para procurar ir destruyendo las injusticias que aún pesan sobre las muchedumbres.

Termina diciendo que si alguna vez sintiera pesimismo, vendría a Sevilla para desecharlo, y que él será un pregonero de ese periódico bosquejado. De ello—añade—me sentiré orgulloso como de esta fiesta donde hay famas tan envidiables, justas y legítimas, como las de esa reina y esa corte, para las que debe ser mi última palabra y mi último tributo de admiración.

**

El señor Francos Rodríguez, fué muy aplaudido y felicítadísimo, al terminar su magnífica y elocuente oración.

**

Como ya dijimos en anterior número, la reina de la fiesta lo ha sido este año la encantadora señorita Pepita Armero, y su corte de amor estaba formada por estas ocho admirables bellezas:

Paquita Estrada, Amparo de Pablo, Carmen Luque, Lola Colchado, Florentina Bilbao, Concha Muruve, Aurora Hernández Cámara y Juanita Gamero Cívico.

**

El desfile fué brillantísimo. Durante más de una hora la calle Tetuán estuvo intransitable. Tantas eran las personas que esperaban allí la salida de las bellas que se habían dado cita en el teatro San Fernando, para realizar con su presencia la fiesta del amor y la poesía.

De actualidad

Canalejas ha ofrecido a los empleados de ferrocarriles mediar con las compañías para que concedan las peticiones que sean justificadas.

Los empleados esperarán que pasen las fiestas para declararse en huelga en caso de que sean desatendidos.

Además del viaje a Barcelona, Canalejas propónese a fines de mes visitar los centros fabriles y agrícolas, recogiendo impresiones sobre las necesidades y aspiraciones obreras.

El Presidente del Consejo está aliviado. Pasó la noche con tranquilidad. Visitáronlo la mayoría de los ministros y los doctores Hurtado y Enríquez.

Desde París desmienten los rumores sobre los esponsales que se suponían verificados entre la reina Natalia y un grande de España.

Dicen de Roma, que la hija del pretendiente D. Carlos, princesa Beatriz, intentó suicidarse arrojándose al Tiber, y salvándose por engancharse a las ropas en los arbustos de la orilla.

El suceso causó sensación entre la aristocracia.

Ha declarado que le impulsaron celos de su esposo.

El suceso se le ha comunicado al padre de D.^a Beatriz.

La comisión barcelonesa para erección de la estatua de Robert, se ha negado a admitir el ofrecimiento de Benlliure, alegando que harán la estatua escultores catalanes.

Según despacho de Nueva York, afirmase que las repúblicas del Salvador, Honduras, Costa Rica, Nicaragua y Guatemala, han firmado un pacto constituyéndose en federación, pero conservando completa autonomía.

Consigna el arbitraje obligatorio.

En el ministerio de Agricultura celebraron conferencia Moret, Canalejas, Arias Miranda y Lavina para reorganizar el servicio de comunicaciones.

Asistieron los representantes de los ferrocarriles e ingenieros inspectores.

Hablóse también del transporte de ganados.

Al banquete en honor del marqués de Tóvar asistieron 800 personas; brindis cariñosos: admiráronse Canalejas y Romanones.

En la Moncloa Canalejas obsequió con un almuerzo a los representantes extranjeros de la Exposición de Avicultura.

Según despacho de Barcelona la suspensión de los Juegos Florales obedeció a que el delegado del gobernador expuso la necesidad de adornar el local con la bandera española y los organizadores se negaron.

El delegado insistió.

El alcalde telefonó a Bargés y éste ordenó que se sacara la bandera.

El público recibíola con silbidos y mueras.

Suspendióse el acto y detúvose a tres sujetos.

Los concejales regionalistas visitaron a Bargés pidiendo la libertad de los detenidos.

Barcelona: Han sido detenidos 28 sujetos que intentaban poner una corona en las tumbas de los fusilados de Montjuich.

El jamón de López

I

Las crónicas callejeras, no obstante las gestiones que se han hecho, no dicen a qué regimiento de infantería pertenecían los soldados Juan López y Sabas Aneiros; solamente expresan, de una manera bien clara y concisa que Juan era natural de Andalucía, y Sabas de Galicia. Item más que el segundo batallón del regimiento H... había llegado a un caserío de Extremadura para descansar de una penosísima marcha de cinco ó seis horas de duración.

La primera y única autoridad del pueblecillo extremeño, cuyo nombre tampoco registró el lacónico cronista, apresuróse, asombrado por el jefe de las fuerzas, a extender las boletas de alojamiento. La llegada del batallón fué un insólito acontecimiento para el vecindario, y hasta el municipio, patrióticamente entusiasmado, se reunió aquella noche en sesión extraordinaria, acordando por unanimidad que se encendieran los faroles públicos, los cuales hacía más de veintitres años que no iluminaban al pueblo.

Las robustas mozas, con sus vistosos trajes cortos, sus esculturales mórbidas pantorrillas cubiertas de finas medias, sus zapatos recortados, sus ricas mantellinas de terciopelo, sus diminutos delantales orlados de encajes, y su típico peinado, paseaban por la plazoleta del pueblo, donde la banda militar del batallón ejecutaba algunas partituras de su vasto repertorio.

Entre militares y paisanos hubo algunas broncas de poca importancia, debidas a ciertas libertades que se tomaron algunos que otros hijos de Marte con aquellas encantadoras mozelas de ovalados rostros y de ojos traidoramente expresivos.

A Sabas Aneiros le dieron equivocadamente un garrotazo en la dentadura, por poco se le pulverizan a consecuencia de un pellizco que su inseparable amigo Juan López propinó a una chica que paseaba custodiada por su novio.

Con la corta permanencia de las tropas no pocos noviajos concluyeron y muchas bodas se desbarataron.

Los pantalones rojizos y los cuchillos del Mauser trastornaban los cerebros de aquellas mozas.

II

Juan López, que había declarado su amor a siete jóvenes y había conseguido abrazar a la alcaldesa, fué alojado en una mísera casucha con su amigo Sabas Aneiros.

En aquella casa habitaba un matrimonio de respetable edad, que recibió a los alojados con gran júbilo, proporcionándoles suculenta cena.

Al pobre Aneiros le hicieron una sopa de ajo bastante clara, pues como se le movían los dientes a consecuencia del golpe que recibió no podía mascar nada, á pesar del voraz apetito que sentía.

Concluída que fué la cena, acostáronse los militares, y cuando López supo que el matrimonio dormía tranquilamente y Aneiros roncaba como un bienaventurado, se levantó del lecho, sin hacer ruido bajo a la cocina y tomó un hermosísimo jamón de los muchos que se hallaban colgados debajo de la chimenea, y volviendo presto a la alcoba, guardó en la mochila la hermosa pierna de cerdo que había sustraído; pocos minutos después, Juan López dormía y soñaba que se hallaba en el cielo con sus abuelos comiendo jamón detrás del trono del Altísimo.

Aneiros, que despertó cuando López regresaba alumbrándose con fósforo después de haber cometido el robo, vió toda la faena de su compañero y cuando se cercioró de que éste dormía, levantóse también de su cama, quitó de la mochila el jamón, y puso en su lugar una piedra que servía de escalón para subir a un cuarto contiguo.

Al rayar el alba, las cornetas tocaron diana y luego llamada.

Los soldados formaron en la plaza, desayunáronse y volvieron a emprender la marcha.

Juan López caminaba contentísimo, creyendo que llevaba en su mochila el jamón que la noche anterior había robado y de vez en cuando decía a sus compañeros de viaje:

—¡Verán ustedes qué sorpresa cuando acampemos!

Aneiros iba a su lado con los labios hinchadísimos.

—Sabas, verás qué sorpresa te voy a dar cuando acampemos—decíale Juan.

—Bueno—contestaba éste casi sin abrir la boca.

—¡Silencio en las filas, botarates!—exclamaba el oficial.

Y por la carretera levantábanse nubes de polvo, que secaban las gargantas, mientras el sol caía a plomo sobre aquellos cuerpos jadeantes y sudosos.

Llegó el batallón a unos pinares, y el coronel de órdenes tocó alto para que descansaran aquellos hombres a la sombra de los esbeltos pinos y bebieran de un pozo que había a la orilla de la carretera.

—¡Ha llegado la hora de la sorpresa!—exclamó Juan López abrazando la mochila y pensando en el jamón.

—¿Pero en qué consiste la tan cacareada sorpresa?—preguntáronle.

—Ahora lo veréis. Todo el que tenga navaja ó cuchillo, que me siga—respondió López.

Una veintena de hombres siguiéronle hasta una vereda, donde el andaluz se detuvo.

—Formar corro—dijo López con énfasis.

Los veinte hombres rodearon a Juan López.

—Abrid las navajas y preparar los cuchillos.

Los aceros brillaron heridos por el sol.

Entonces Juan López abrió ceremoniosamente la mochila y vacióla. Una gran piedra cayó al suelo, y él sin inmutarse, comprendiendo rápidamente la burla de que había sido objeto, dijo a sus camaradas señalándoles el pedrusco.

—¡Amigos míos, ahí podéis afilar esas herramientas!

ADELARDO RISTORI.

El herrero

(CUADRO SOCIAL)

Bajo la ennegrecida campana de una chimenea agosta y derruida está la fragua. A su lado, un mocetón de tostada y lustrosa piel, en la cual se observa el movimiento de una musculatura de elefante, levanta el pesado martillo que deja caer sobre el yunque, produciendo el estampido de un cañonazo.

Sudoroso el cabello, desgarrada, más que abierta, la camisa; desnudos los brazos, jadeante el velludo pecho, entreabierta la boca, cejijunto, iluminado su rostro por el resplandor de la hoguera... Parece el dios mitológico forjando sus rayos.

Más allá, tras el fuelle, mascullando una copla popular en la que se van las últimas energías de un esfuerzo titánico, un rapazuelo churruetoso, en cuya faz se distinguen las huellas del hambre, estira y contrae sus brazos escualidos sin más descanso que el cuarto de hora que se le concede para comerse un trozo de pan ennegrecido y duro.

En un rincón, agazapado sobre un montón de leña, un perrillo enclenque y gruñón, de lacio pelo y ojos vivarachos, hace como que duerme, con el hocico entre las manos.

Sentada en una silla de enea, con un cesto de costura al pie, una mujer joven, bella, virtuosa, remienda un canasto de ropa blanca, tan blanca como rota.

En el suelo, un angelillo de rosadas mejillas juguetea con un ovillo de hilo que tira por alto y recibe con aspavientos...

Ahí tenéis un cuadro de la vida, de una vida miserable, llena de torturas.

¡Paciencia sin límite la de ese hombre que nació para sufrir y morirá sin merecer ni una gacetilla en los periódicos!

Si una vez se emborracha—único placer permitido a los desheredados—tras de robarle el tabernero, es conducido a la prevención á fuerza de puntillones.